



PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

Comentario al artículo de Edward Blumenthal, “Revolución, ciudadanía, fronteras: las milicias argentinas en la guerra civil chilena de 1851”

Juan Luis Ossa Santa Cruz
Centro de Estudios de Historia Política
Universidad Adolfo Ibáñez - Chile

El artículo de Edward Blumenthal estudia los vínculos entre los residentes habituales de la ciudad chilena de Copiapó y los exiliados del gobierno de Juan Manuel de Rosas a principios de la década de 1850. Basado en un corpus importante de documentos originales, el análisis se centra en dos puntos: en primer lugar, el autor plantea que la revolución chilena de 1851 y la batalla de Caseros de principios de 1852 fueron eventos interconectados y, hasta cierto punto, interdependientes. Esta es una idea interesante y que está muy bien trabajada en el artículo. En segundo lugar, el artículo trabaja el fenómeno del “exilio político” desde una perspectiva *culturalista* (el uso de este concepto es mío) para, de esa forma, poner en duda que la participación de chilenos y argentinos en la revolución de 1851 se hubiera debido a cuestiones de “clase”. Según el autor, ella se debió más bien a fenómenos relacionados con la “nacionalidad” de los involucrados, una hipótesis interesante pero que me despierta algunas dudas. De ahí que mi comentario se concentre sólo en este último punto.

Los planteamientos de Blumenthal estimulan el debate metodológico e historiográfico sobre una época que todavía se encontraba aquejada por los estertores de las guerras de la independencia hispanoamericana y el vacío de poder que supuso pasar de un sistema colonial a uno que, al menos en teoría, se decía republicano/representativo. La

incapacidad de los gobiernos chilenos y argentinos de heredar la legitimidad unánime e incuestionada de los monarcas españoles (al menos hasta mediados de la década de 1810) provocó el nacimiento de “facciones” políticas con intereses que muchas veces eran disímiles entre sí. De esa forma, “unitarios” y “federales” en Argentina y “conservadores” y “liberales” en Chile protagonizaron un período signado por el establecimiento de gobiernos que actuaban en nombre de una legitimidad no sólo debilitada sino que en general su sostenimiento en el tiempo dependía de la intervención deliberante de las fuerzas armadas (regulares e irregulares). En ese sentido, el artículo de Blumenthal recorre un proceso político-institucional de suma relevancia para comprender la historia de ambos países sudamericanos, aportando con ello una mirada que va más allá de las fronteras nacionales. El análisis del autor, en efecto, da cuenta de la necesidad de sobrepasar el relato unívoco de las historiografías localistas, así como la relevancia de presentar interpretaciones comparativas que resalten, al mismo tiempo, discrepancias y similitudes entre los casos estudiados (como, de hecho, lo hacen las grandes historias comparativas).

Ahora bien, el artículo contiene tres problemas –vinculados entre ellos– que, creo, debilitan la hipótesis señalada arriba. El primero es conceptual: en el trabajo de Blumenthal encontramos ciertos términos que, a pesar de su mutación en el tiempo y de su evidente polisemia, Blumenthal concibe de forma un tanto monolítica. El principal de ellos es el de “emigrados”, una palabra utilizada por los actores de la época, pero que no necesariamente tenía un sólo significado ni tampoco era propio de la década de 1850. Así, por ejemplo, los oficiales y soldados pertenecientes al ejército revolucionario chileno que se establecieron en Mendoza a fines de 1814 fueron motejados, desde un principio, como “emigrados” por las autoridades rioplatenses. Al hacerlo, José de San Martín y los oficiales de su confianza no estaban mirando a los “emigrados” como miembros de una comunidad distinta a la rioplatense (no podrían haberlo hecho, no sólo por la inexistencia de un Estado chileno en 1814 diferente al rioplatense sino porque lo “chileno” y lo “rioplatense” difícilmente podían –y puedan en la actualidad– circunscribirse en una única “comunidad”). Más bien, el término “emigrado” era empleado para referirse a individuos que habían dejado sus lugares de origen, pero que de todas formas podían ser considerados personas de confianza (los denominados “paisanos”) si compartían algunas características mínimas. La palabra “emigrado” solía tener una carga peyorativa pues en principio indicaba un grado de

desconfianza hacia el “otro”. Sin embargo, podía ocurrir que dichos “emigrados” devinieran “paisanos” si los unía un mismo proyecto político. Los casos de Bernardo O’Higgins y San Martín son sintomáticos.

No obstante estas sutilizas político-demográficas, a lo largo de su texto Blumenthal comprende la palabra “emigrado” como sinónimo de una nacionalidad específica y de un proyecto político determinado (en este caso, los “emigrados” son los “argentinos” que residían en Copiapó a fines del gobierno de Rosas). Esta manera de ver el concepto de “emigrado” me lleva al segundo problema, el cual es interpretativo. De acuerdo con Blumenthal, en el Copiapó de principios de los años 1850 se habría reunido un nutrido grupo de emigrados “argentinos”, quienes, desde un territorio ajeno y precisamente por su condición de exiliados, habrían actuado en términos “nacionales” y en nombre de una “Argentina” libre del “despotismo” rosista. Por supuesto, en la década de 1850 los Estados-nacionales chileno y argentino habían comenzado ya una etapa de relativa consolidación, por lo que Blumenthal no se equivoca cuando enfatiza las diferencias entre ambos grupos. Lo que no queda del todo claro, empero, es si dichas diferencias obedecían a cuestiones ligadas con la *cultura* (o la “identidad nacional”) de los actores o a cuestiones menos sofisticadas pero no por ello menos importantes, a saber: intereses políticos y económicos.

No es que lo *cultural* deba estudiarse en contraposición a lo político-económico. Sin embargo, en un contexto como el revolucionario chileno en 1851 en Copiapó, donde el faccionalismo heredado de la Independencia había impedido la consolidación de un proyecto administrativo de largo alcance, es dable preguntarse si la posición general de los “emigrados argentinos” en Copiapó durante la guerra civil de 1851 se debió a sus orígenes geográficos o a sus intereses políticos. A juzgar por lo que el propio Blumenthal muestra en su artículo, los rioplatenses se unieron a las fuerzas oficiales en contra de los rebeldes “liberales” porque debían lealtad a Manuel Montt, recientemente elegido presidente de la República, y no porque fueran “argentinos”. Ciertamente, tanto Montt como su antecesor, Manuel Bulnes, fueron condescendientes con los exiliados del gobierno de Rosas. No obstante, ello no se debió a la nacionalidad de los exiliados, sino a que éstos se transformaron con el tiempo en los principales propagadores y defensores del ideario de los gobiernos de Bulnes y Montt. No sólo eso: podría decirse que fueron dichos exiliados (como Sarmiento y Alberdi) quienes, con el fin de resaltar el “despotismo” de Rosas, construyeron –y

exageraron- el mito de la “excepcionalidad” chilena. Mientras Chile era el escenario de la “civilización” y el “asilo contra la opresión”, la Argentina de Rosas era la “barbarie”.

Esto me lleva al tercer problema, que es metodológico. Para confirmar su hipótesis de que los emigrados rioplatenses en Copiapó actuaban a partir de su “nacionalidad” y no por un “interés de clase” (reconozco que no me queda claro por qué ambas serían excluyentes), Blumenthal cita una “representación confidencial” enviada por Sarmiento a Montt en septiembre de 1851. En ella, Sarmiento señala que sus “compatriotas residentes en Copiapó” sufrían “vejaciones” por el hecho de ser “argentinos”. Las “masas trabajadoras argentinas”, decía Sarmiento, eran “gente sin representación e incapaces de hacer valer sus derechos”, recordando que “los peones argentinos sin la papeleta de conchabo eran a menudo encarcelados y obligados a trabajar en las obras públicas” (esta última cita proviene de una frase de Blumenthal). Sin duda ello debe haber sido así: la relación entre las autoridades y las clases populares en una ciudad minera como Copiapó tenían todavía mucho de patronazgo y clientelismo. Sin embargo, ¿puede decirse que sólo las clases populares “argentinas” recibían dicho trato o que, por el contrario, las “vejaciones” estaban extendidas hacia otras “nacionalidades” y grupos sociales? A partir de lo que han mostrado publicaciones recientes sobre la situación político-social durante esta época en las ciudades del norte de Chile, las autoridades no tenían mayor interés en discriminar por “nacionalidades” cuando se enfrentaban a las “masas trabajadoras”. Los “rotos”, “gañanes” y “malentretidos” no eran tanto “chilenos” o “argentinos”, cuanto simplemente “rotos”, “gañanes” y “malentretidos”.

¿Por qué Blumenthal insiste tanto en entregar una explicación “nacional” del problema de los emigrados rioplatenses? Me parece que la respuesta reside en que la metodología del autor descansa demasiado en la información que entregan sus fuentes, como si Sarmiento hubiera escrito sus “representaciones” de forma desinteresada y con el único objeto de defender a sus “compatriotas”. ¿No estaba Sarmiento pensando en la posibilidad de que tales “compatriotas” se sumaran a su grupo político con la idea de derrocar a Rosas? ¿No era acaso vital para la elite de exiliados trasandinos legitimarse ante las clases populares rioplatenses como los garantes de la estabilidad política y, de esa forma, ponerse en las antípodas del “despotismo” rosista? Algo similar puede decirse del uso que hace Blumenthal del trabajo historiográfico de Benjamín Vicuña Mackenna. Es

sabido que Vicuña Mackenna participó activamente en la oposición a Montt y que defendió los colores “liberales” en la guerra civil de 1851, siendo esperable que en su *Historia de los diez años de la administración de don Manuel Montt*, escrita diez años después de los acontecimientos de 1851, el historiador chileno dedicara un espacio importante a juzgar a los “argentinos” que se habían sumado a las fuerzas oficialistas en Copiapó. Lo que es un tanto sorprendente es que Blumenthal vea en las páginas de Vicuña Mackenna una suerte de verdad revelada, cuando la crítica a los “argentinos” estuvo obviamente supeditada al acérrimo y conocido nacionalismo de Vicuña Mackenna y a la evidente antipatía política que sentía por Montt. Otra vez, entonces, tenemos que más que lo *cultural* o lo *identitario* es la política lo que explica las acciones de los actores involucrados. De otra forma, tendríamos que convenir que *todos* los opositores a Montt eran “chilenos” y que ningún “argentino” apoyó la rebelión, cuestión altamente improbable.

Vale la pena terminar estas páginas señalando que mis comentarios son más dudas que críticas y que el hecho de que ellas despierten interés en un historiador que no conoce mayormente este período da cuenta de la calidad del trabajo de Blumenthal. Parafraseando a Alan Knight en su conocida polémica con Eric Van Young, siempre es preferible leer un trabajo con el que “estamos parcialmente en desacuerdo” que un estudio “tedioso que, con tal de no arriesgar nada, se mantiene correcto, pero irrelevante”¹. Ese es claramente el caso de este artículo de Edward Blumenthal.

¹Alan Knight, “Eric Van Young, *The Other Rebellion* y la historiografía mexicana”, en Eric Van Young y Alan Knight, *En torno a La otra rebelión*, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, México D.F., 2007, p. 10.